

20° Capítulo del Abad General OCist para el CFM – 17.09.2013

Intentaremos ver, en los capítulos que podamos aún hacer hasta el final del Curso, cómo acontece el irradiarse del “obrero de Dios” en los diversos ámbitos de la vida. Como decía el sábado, esta irradiación es como las ondas que se forman en el agua en las que regularmente aflora un escollo, por el que se da una irradiación que siempre se genera del centro, del *opus Dei* del Oficio divino. No es que el centro genere solo la irradiación en el oratorio, después el oratorio genere el círculo del monasterio, a continuación el monasterio genere el círculo del huerto, y termine seguidamente. No, cada círculo está centrado en la obra de Dios y la irradia si se produce siempre del centro, si es siempre una irradiación de la oración común. Por esto, como decía, la obra de Dios debe reproponerse y renovarse con regularidad durante la jornada, no basta que se celebre una vez por la mañana.

Es un poco como en la parábola del dueño de la casa que sale a buscar obreros para su viña, un evangelio que seguramente ha inspirado a san Benito (Mt 20,1-16). En efecto, este dueño sale por la mañana, a la hora tercia, a la hora sexta, a la hora nona, y, finalmente, hacia las cinco de la tarde: en resumen, las horas diurnas del Oficio monástico según la Regla. A cada hora, el Padre nos llama a ser obreros en su viña, e incluso si repondemos a esta vocación solo a la última hora, el salario es completo, como para aquellos que han trabajado desde la mañana, porque hemos sido precisamente llamados a ser obreros del Señor, de la obra de Dios, y es Él quien da cumplimiento a lo que hacemos por Él y con Él, tanto si trabajamos todo el día y toda la vida, como si somos llamados a la última hora. Por esto, no tiene sentido hacer comparaciones, experimentar celos, lamentarse al Señor. “¿Tienes envidia porque soy bueno?” (Mt 20,15), dice el dueño de la viña al obrero que ha trabajado todo el día, sin recibir más que aquellos que han trabajado solo una hora. Es como el hermano mayor del hijo pródigo: no se da cuenta que Dios nos llama a cooperar con su bondad, con su obra buena, y que es precisamente este el “salario”, esta es nuestra “ganancia”, la plenitud de vida por la que debemos estar agradecidos siempre y de todas formas.

Esta conciencia, que deberemos recuperar en cada Oficio divino, nos hace humildes y felices, y libres del valor egocéntrico que damos a lo que somos o hacemos. Como escribe san Pablo a los Efesios: “Habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es un don de Dios; tampoco viene de las obras, para que nadie se gloríe. Somos, pues, obra suya. Dios nos ha creado en Cristo Jesús, para que nos dediquemos a las buenas obras, que de ante mano dispuso él que practicásemos.” (Ef 2,8-10)

La obra de Dios somos nosotros que, por gracia acogida por la fe, nos convertimos en instrumentos del don de Dios para el mundo.

Vimos ayer cómo somos llamados y educados para estar en la obra de Dios del Oficio, en particular con un silencio que reconoce y escucha la presencia del Señor. Este es el tema, sobre todo, del capítulo 19 de la Regla.

Salgamos del centro de la obra de Dios del Oficio divino y veamos cómo el monje humilde comienza a irradiar la obra de Dios “*in oratorio* – en el oratorio” (RB 7,63), el círculo más inmediatamente en contacto con el *opus Dei*. Es el tema del capítulo 52 de la Regla: “Del oratorio del monasterio”. Aquí trata san Benito, sobre todo, de la manera con que nos debemos comportar después del Oficio divino comunitario, “*Expleto opere Dei* – Cuando ha terminado la Obra de Dios” (RB 52,2). Por lo tanto, trata sobre todo de cómo se irradia el primer círculo concéntrico del *opus Dei* que celebramos. En efecto, explica la manera con la que los monjes deben salir del oratorio después del Oficio, o cómo los monjes pueden quedarse en oración entre un Oficio y otro. “Salgan todos con sumo silencio y en actitud de profunda reverencia a Dios, de modo que el hermano que quiera seguir orando no sea molestado por la importunidad de los demás” (RB 52,2-3).

¿Cómo se sale bien del Oficio y del oratorio? Aquí san Benito nos da una indicación esencial y que nos revela la naturaleza profunda de la irradiación de la obra de Dios en nuestra vida. En efecto, pide salir con una oración interior, una oración del corazón, que es como un tesoro, una perla, a respetar en uno mismo y en los demás. Una oración que permanece interiormente en presencia de Dios, con actitud de “reverencia”, es decir, de adoración, pero que no aísla de los demás, al contrario: nos hace más atentos al otro como templo de Dios, como corazón que está en la presencia de Dios. Si uno sale con esta actitud de respeto profundo a Dios y al prójimo, su silencio ayudará a esta disposición del corazón también en el otro. No hay amor y respeto más grande al prójimo que el que reconoce y favorece en el otro la relación personal con el Señor.

El oratorio es el lugar específico que debe recordar este profundo respeto a Dios y al prójimo, con el silencio, la discreción, el abandono de todo para vivir la obra de Dios. No debe haber nada y no se debe hacer nada en él que no favorezca la oración (RB 52,1). En efecto, en el capítulo 43 san Benito nos ha pedido dejar todo lo que tenemos entre manos para aceptar el participar en la obra de Dios: “A la hora del oficio divino, tan pronto como se haya oído la señal, dejando todo cuanto tengan entre manos, acudan con toda prisa, pero con gravedad, para no dar pie a la disipación. Nada se anteponga, por tanto, a la obra de Dios” (RB 43,1-3).

También aquí hay una exhortación a respetar a los demás, a respetar el recogimiento de los otros. La gravedad con la que nos movemos es para evitar alimentar las distracciones, las disipaciones, en nosotros y en los demás. Aquí la Regla utiliza el término “*scurrilitas*”, que es una actitud que san Benito condena muy severamente también en el capítulo 6 sobre el silencio (RB 6,8) y contra la que pide luchar durante la Cuaresma (RB 49,7). La “*scurrilitas*” es una disipación interior, ligera y vulgar, que si no se combate con una ascesis de silencio y

memoria de Dios, antes o después desborda de la persona en las relaciones. Es una bufonería egocéntrica, una jovialidad sin amor, que, como escribe san Pablo, “entristece al Espíritu Santo” (cfr. Ef 4,30). Efectivamente, en el capítulo sobre la Cuaresma, san Benito nos dice que mortificándonos en las bufonadas se nos concede esperar la Pascua “con la alegría del deseo espiritual” (RB 49,7).

En la Regla de *Taizé* hay una frase que recoge el sentimiento de san Benito: “La verdadera alegría es ante todo interior. Nunca la bufonería ha renovado la alegría. Hay un límite entre el humor franco y la ironía que hace helar la sonrisa.” (*Regla de Taizé, “Alegría”*).

En resumen, el oratorio es el lugar que nos debe educar para el sentido del misterio, del misterio de Dios y del misterio del hombre, del corazón del hombre. Lo que debe irradiarse del Oficio divino y a través del oratorio es, precisamente, la conciencia del Misterio, la memoria del misterio de Dios y del misterio del hombre, llamado a la relación con Él. Sin esto, no hay profundidad en las relaciones, sino solo superficialidad. Sin esto no hay castidad, ni para los consagrados, ni para quienes viven en el matrimonio, porque la castidad en las relaciones se construye con la conciencia de la pertenencia misteriosa de cada persona a Dios, que la crea y la ama desde toda la eternidad. Sin esto, no hay una fraternidad real, porque solo la adoración del Padre nos da la conciencia de la profunda fraternidad que me une a los demás, a todos. La irradiación inmediata que cada Oficio divino, cada momento de oración, pero también todo tiempo de *lectio divina*, de meditación, debería despertar en nosotros es esta adoración del Padre, en espíritu y verdad (cfr. Jn 4,23), que nos permite adorar a Jesucristo en el otro, honrando al otro en el vínculo de fraternidad por el que Cristo ha derramado su sangre y nos ha dado su Espíritu.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist